

a su régimen y desde entonces prosiguió en paz su buena carrera que debía hacerle pasar de un siglo de existencia.

¿Cuál fué la índole de esta última e involuntaria imprudencia? Empezaremos por dar ahora el régimen exacto de Cornaro para que aquéllos a quienes tiene puedan seguirlo. Cada día se comía doce onzas de alimentos sólidos; en igual espacio de tiempo se bebía 28 cucharadas de líquido. Como pueden suponer, cuidó de darnos la composición de sus menús. Pan, potaje, huevos frescos, ternera, cabrito, carnero, perdiz, pollos y pichones componían los alimentos propiamente dichos. El vino y sobre todo el vino reciente constituía el líquido. No nos habla del agua, pero es de suponer que consumía bastante. Y ahí tenemos todo lo que el tenaz veneciano se absorbía durante su jornada. Todo se pesaba metódicamente, sin sujetarse, al menos me lo figuro, a comer sentado en el platillo de la balanza, como Sanctorius (1), con las veintiseis onzas al otro lado como contrapeso. La dosis estaba tan bien calculada, que los males que hemos visto le cayeron encima a la edad de 80 años fueron resultas de una transgresión de régimen que en honor a la verdad nos parece de mínima importancia. En efecto, todo lo que sus deudos lograron de él, fue que comiera dos onzas más de alimentos sólidos y que bebiera por 4 cucharadas más de líquidos. Y eso bastó para llevarlo a las puertas de la nada.

Imagínese cuanto cuidado tuvo que tener durante más de sesenta años el hombre a quien dos onzas de alimentos más podían costarle la existencia. Pues, como es natural, no bastaba con comer tan poco y tan regularmente poco. Precisaba que lo demás de los actos diarios correspondiera a tan extraordinaria mo-

deración. Nada de grandes fríos, nos dice él mismo, nada de grandes calores. Tampoco ejercicios violentos ni vigiliias ni mujeres ni penas. Esta última cláusula quizá no estará al alcance de todo el mundo, pero Cornaro supo resolver tan delicado problema. Cuando algún disgusto le venía encima, lo expulsaba rápidamente no sólo como importuno sino como peligroso para su delicada salud. "La muerte de mis parientes y amigos, dice él mismo, no me causa más tristeza que la de un primer movimiento natural que no puede impedirse y que dura poco". No creo me digan que falto a la memoria del célebre abstinentista si califico de egoísta esta máxima.

Muchas fueron las precauciones, pero en definitiva lozana fue su vejez. A los 95 años, edad del último discurso, todo iba bien. Habla, anda, escribe, lee, oye como un joven. Su voz continuó tan fresca como a los veinte años y tomaba su parte en los conciertos. Por eso sus escritos, —en dicha edad escribía todavía durante siete a ocho horas diarias,— son perpetuo himno a la sobriedad y a la vejez. A la sobriedad primero, ya que fue por ella que pudo vivir tan largos y placenteros años, la sobriedad que podemos decir fue su gran caballo de batalla ya que al comenzar su obra declara que tres palabras recientes introducidas en Italia son causa de todo lo que se ve de reprehensible en su época: el luteranismo, "adulaciones y ceremonias" (sic) y por último la borrachera y la gula, y que ha declarado la guerra a la tercera. Luego a la vejez, que no es como generalmente se cree la edad de languideces, enfermedades y miserias, sino la época más feliz de todas. Está alegre, contento, de buen humor, en paz, y no cambiaría su estado por el de los pollitos de veinte años. A veces piensa en la muerte que después de todo está más o menos próxima, pero está decidido sin pena ni miedo ni sentimiento. Parece como habiendo lle-

(1) Desde luego fué con muy distinto fin que Sanctorius adoptó tan original mesa para comer.